

I. RECENSIONES

1) Sagrada Escritura

H. Schmid, *Mose. Überlieferung und Geschichte* (Berlin, Verlag Alfred Töpelmann, 1968) 113 pp.

El autor defendió esta tesis en la Facultad Teológica Evangélica de la Universidad de Mainz y mereció ser incluida en la célebre colección "Beihefte zur Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft", que dirige Georg Fohrer. El autor acomete un tema que ha hecho correr mucha tinta y que todavía no ha recibido una solución definitiva. ¿Quién fue Moisés? ¿Es o no un personaje histórico? Aunque el autor defienda su historicidad, reconoce que existen puntos discutibles en los pasajes bíblicos que hablan de él, tales como los referentes a su origen egipcio y a su intervención en el paso del mar Rojo. Moisés estuvo en relación con la religión de los madianitas que vivían en el Sinaí. Descendía de una familia levita que había emigrado a Egipto. De ahí que permaneciera mucho tiempo en Cades, centro levita, en donde entró en contacto con un numeroso grupo de fugitivos de Egipto. Moisés aparece como el único intérprete de la "qol" de Yahvé en las teofanías. Fue Moisés quien ganó a Aarón y a los levitas para el yahvismo. No se puede encasillar a Moisés en ningún grupo, por lo cual, y por la grandiosidad de su obra, fue considerado por todo Israel como hombre de Dios y siervo de Yahvé. Trata el autor de señalar la ruta del Exodo y de la marcha por el desierto, el llamamiento de Moisés, las tradiciones sobre el gran grupo del desierto, el milagro del mar, Sinaí y Montaña de Dios, el grupo de Moisés y los madianitas, conflicto de Moisés con Aarón y Miriam y la anexión de los levitas, conflicto de Moisés con Datán y Abiram, etc. Probablemente su llamamiento fue en Cades, lugar donde entraron en contacto el grupo de Moisés y el grueso grupo aaronita del desierto, que adoraba a un Dios o a muchos dioses de los Padres. El culto del grupo aaronita, que no desconocía totalmente a Yahvé, tomó el espíritu y las directrices del yahvismo. Ni Aarón ni Miriam fueron hermanos de Moisés. El autor discute las muchas hipótesis que se han propuesto sobre la vida y actividades de Moisés y escoge las que juzga más probables después de un examen de las mismas. Siente cierta disposición a eliminar las hipótesis extremistas, pero no teme adherirse a aquellas que, después de un serio examen, le parecen fundadas en las tradiciones bíblicas. El autor hubiera quizá cambiado alguno de sus puntos de vista de conocer la excelente obra de R. de Vaux, *Histoire ancienne d'Israël*, vol. I, pp. 305-440. Pero ha sabido resumir y enjuiciar toda la problemática suscitada en torno a la persona y obra de Moisés que cae dentro de la historia o de las antiguas tradiciones de Israel.

J. L. Arnaldich

W. Fuss, *Die deuteronomische Pentateuchredaktion in Exodus 3-17* (Berlin-New York, Walter de Gruyter, 1972) IX+406 pp.

Existen en el Pentateuco secciones narrativas que pertenecen a la tierra de nadie, es decir, que no pueden clasificarse netamente dentro de la literatura anterior y posterior de la cautividad. En sustancia, el autor estudia los relatos históricos presacerdotales de la perícopa de Ex. 3-17. Los muchos años de reflexión y estudio de dicho texto le llevaron al convencimiento de que en los textos antiguos del Pentateuco se repiten los mismos modos de decir, idiotismos y expresiones características, etc. ¿A qué se debe este fenómeno? El autor trata de aclararlo con

una investigación directa del texto original hebraico, prescindiendo de una respetable tradición científica. Largos años de meditación "en un rincón de una pequeña habitación parroquial" le llevaron a la conclusión de que los dos métodos rivales de narrar la historia que proliferaron en tiempos de los reyes (Y y E) fueron unidos y refundidos por un representante de la escuela deuteronomista en una nueva unidad, formando una especie de "Armonía". El lenguaje y los conceptos de este representante deuteronomista reflejan los tiempos de Josías. La existencia de estas dos tendencias (Y y E) en Israel son significativas para la situación interna de la teología y de la Iglesia en nuestro tiempo, donde, de una parte, existe una corriente rígida y tradicional y, de otra, una más amplia, de carácter ecuménico, parecida al sincretismo del elohista. Ante estas dos tendencias aparece el sereno eclecticismo del redactor deuteronomista. El autor ha escogido para su trabajo el texto de Ex. 3-17.

Divide su obra en tres partes. En la primera señala los métodos que empleará; dedica la segunda a un análisis minucioso del texto (pp. 21-362) y la tercera contiene una síntesis en la que intenta reconstruir los textos propios de Y y de E y los rasgos propios (palabras, expresiones, estilo, técnica de composición, particularidades teológicas) del redactor deuteronomista. Como el libro no se ha gestado en los ambientes universitarios, sino que es fruto de las reflexiones y estudio de un párroco de pueblo, el autor deja de lado todo aparato científico, y no cita ningún autor ni hace referencia a otros estudios sobre el tema. Su único instrumento de trabajo es el texto hebreo que maneja y baraja a placer, transcribiendo las palabras hebraicas en caracteres modernos. El libro es denso y de lectura no fácil. ¿Tendrá más éxito y mejor acogida que su obra *Die sogenannte Paradieserzählung* (1968), en el que empezó a diseñar sus principios de exégesis? El tiempo y la crítica lo dirán; pero, lo cierto es que nos hallamos ante un libro no apto para el amplio público no especializado.

J. L. Arnaldich

R. Reichert, *Historia de Palestina desde los primeros tiempos hasta nuestros días* (Barcelona, Ed. Herder, 1973) 388 pp.

Ofrece este libro la redacción elaborada del curso de historia de Palestina profesado en 1968 en la Universidad Federal de Bahía (Brasil). Repite diversas veces que su finalidad única es ajustarse a la verdad. De ahí que dedique su libro indistintamente "a los hijos de esta tierra, musulmanes, judíos y cristianos que sufrieron y murieron por ella". Confiesa que no se cree capacitado para escribir una historia de Palestina que sea exhaustiva, y que reúna todos los datos acumulados por la ciencia en los últimos años, pero, sin embargo, esta limitación cuantitativa no será óbice para reflejar la verdad de los hechos. El autor se mueve con menos soltura en los capítulos dedicados a la prehistoria, protohistoria e historia de Palestina de los tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento que en los que estudia la evolución histórica de la región a partir de la "Pax británica" (1917-1948). Además de contar con documentación moderna y de primera mano, el autor sabe desentrañar los hechos que han conducido a este territorio privilegiado a la situación caótica e injusta que actualmente padece por culpa de apetencias imperialistas y económicas. El autor cierra su libro con un epílogo que acabó de escribir en Conil de la Frontera el 16 de marzo de 1972, con lo cual no ha podido recoger los últimos acontecimientos. Pero creemos que está en la verdad cuando reproduce una frase de De Gaulle en respuesta a una pregunta que en 1967 le hizo el embajador del Líbano: "La paz tiene que pasar, al mismo tiempo, por Washington y Moscú. En este momento, los dos grandes no desean sino entenderse" (p. 363). A pesar de que el autor se declare rigurosamente imparcial, con todo, le desgarran el corazón la suerte del pueblo palestino. "Sería ilusorio afirmar que por la fuerza se podría eliminar completamente la nación palestina. La historia nos da el ejemplo que deben tener presente los israelíes de la antigua generación". El libro es de una actualidad aplastante y muy aleccionador para los que desean tener una idea justa de cómo se ha llegado al más reciente conflicto árabe-israelí.

J. L. Arnaldich

J. Ernst, *Schriftauslegung. Beiträge zur Hermeneutik des Neuen Testaments und im Neuen Testament* (Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1972) 412 pp.

El libro reproduce, con algunos retoques, diez estudios de eminentes exegetas de lengua alemana publicados en diversas revistas, sobre todo en *Theologie und Glaube*, durante el año 1970, a excepción del de O. Kuss sobre la Hermenéutica de Tertuliano, aparecido en la colección "Neutestamentliche Aufsätze" (Regensburg 1963, 138-60). Ha preparado el volumen José Ernst, en colaboración con el *Collegium Biblicum*, de Munich. En ninguna de las colaboraciones que figuran en el volumen se propusieron sus respectivos autores ensayar nuevos principios hermenéuticos, ni presentar de una manera global y sistemática los resultados de las hipótesis y planteamientos propuestos hasta nuestros días. Cada colaborador desarrolla un tema particular dentro de la óptica de la hermenéutica o señala los principios de interpretación que, a su juicio, deben aplicarse en los puntos que han sido objeto de sus estudios. Sin embargo, las colaboraciones reunidas en este volumen deben considerarse como una contribución valiosa a la hermenéutica del Nuevo Testamento.

Después del prólogo, en el que se resume el contenido de cada uno de los estudios que integran el libro, el profesor J. Ernst señala los sistemas hermenéuticos propuestos en el curso de la historia de la interpretación bíblica (pp. 17-53), con una conclusión sobre el panorama y la misión de la hermenéutica hoy en día. Ya desde el principio el exegeta debe tener en cuenta que no hay Biblia sin Iglesia, ya que, en cierto modo, ésta existió antes que aquélla, lo cual no significa que la Iglesia esté por encima de la Biblia (p. 53). Importantes son las aportaciones de O. Kuss sobre la hermenéutica de Tertuliano 55-77) y sobre la controversia entablada entre Lutero y Erasmo sobre si la Escritura era clara o no (89-149). Al escrito *De Libero arbitrio*, de Erasmo, opuso Lutero su *De servo arbitrio*. En una colección de estudios sobre la hermenéutica bíblica no podía faltar una contribución sobre los principios hermenéuticos de R. Bultmann, debido a la pluma y sagacidad de A. Sand (151-75). J. Ernst estudia el problema de la interpretación de la Escritura y la fe en la resurrección en Lucas (177-92), concluyendo que la fe en la resurrección constituye la llave hermenéutica definitiva para la inteligencia de la persona de Jesús y de las Escrituras (p. 192). Con meticulosidad y agudeza examina Georg Richter las citas veterotestamentarias de *Jo. 6, 26-51a* (193-279). Siguen cuatro aportaciones sobre temas importantes: J. Eckert, "Pablo y las autoridades jerosolimitanas según la Epístola a los Gálatas y los Hechos de los Apóstoles" (282-311); F. Schröger, "El *instrumentarium* hermenéutico del autor de la Epístola a los Hebreos" (313-29); A. Sand, "Como está escrito... Interpretación de los escritos judíos en las comunidades cristianas primitivas" (331-57); O. Kuss, "Exégesis y teología del Nuevo Testamento como base y escándalo de cualquier teología neotestamentaria" (359-408).

El simple anunciado de los temas y la autoridad de sus autores es una garantía de la importancia y solidez de la doctrina hermenéutica expuesta en el libro.

J. L. Arnaldich

P. Orlando, *La comunità di Oregina. Evangelo e marxismo nel dissenso cattolico* (Torino, Editrice Claudiana, 1972) 262 pp.

En el movimiento católico post-conciliar existen mil intentos de experimentar formas de vida común o de comunión, como se prefiere hablar hoy. Pero ninguno de esos intentos pone a discusión el problema de las relaciones entre ministerio y carisma —don del Espíritu— como gozne sobre el que gira la Iglesia según el Nuevo Testamento. En este sentido, Oregina, ese barrio multicolor de Génova, donde habitan obreros y empleados, sicilianos y procedentes de las Marcas en su mayoría, representa algo muy importante para el problema de la Iglesia en general. No se trata aquí de experimentar líneas o modelos monásticos y ascéticos dejando intacta la cuestión eclesiológica de fondo. No se trata de un movimiento espiritual entre estudiantes y obreros, o entre personas animadas particularmente por intereses religiosos o políticos. Se trata de la cuestión de la forma histórica de la Iglesia en

sus relaciones con su Señor y su Palabra, y de las razones que da la misma Iglesia de su propia esperanza.

Si no se recoge este tema central, este núcleo ecuménico de la experiencia de Oregina, se cae en la hipótesis de una "conversión" al marxismo, de un movimiento espontáneo de contestación y de oposición a un obispo, de un movimiento de suburbio con formas comunitarias en vía de desaparición en la vida urbana más avanzada. Se trata de una cuestión mucho más grave de cuanto se pretende ver en las experiencias de Oregina. En consecuencia el que desee ver seriamente los fenómenos de la vida de la Iglesia postconciliar, no se contentará con analizar superficialmente la cuestión para reducirla a fórmulas genéricas y vagas. Peppino Orlando nos muestra cómo en ese barrio obrero de Génova, en forma nueva y con notas de particular actualidad aparece en Oregina con todo su vigor la gravísima e ineludible cuestión de la verdadera y falsa reforma de la Iglesia. Por primera vez, un miembro de una comunidad católica de base, que ha seguido todas las etapas de la misma, intenta una valoración teológico-política de la "disensión" partiendo de las experiencias concretas de una de las comunidades más maduras y avanzadas.

Después de una primera parte centrada sobre la experiencia de Oregina, la segunda se abre para afrontar los problemas teológicos: "Riforma evangelica o aggiornamento della chiesa?". La tercera parte expone los problemas políticos de las comunidades de base en Italia, que se reducen a: relaciones con el PIC, con los marxistas, teoría de la violencia. Se estudian los equívocos y las matrices cristianas sobre la autoridad, las raíces burguesas sobre el secularismo teológico, Marx, Fueurbach. Se cierra el libro con un amplio apéndice documental, en gran parte inédito y muy reciente, pp. 181-260. Por lo que llevamos dicho, el lector se ha dado cuenta de que se trata de un libro del ala progresista italiana. Pero en todo caso Peppino Orlando se muestra auténtico y veraz en su trabajo. Libro que nos descubre, sin tapujos, la situación concreta de una comunidad de base que quiere vivir de acuerdo con el Evangelio.

J. Ortall

J. Schreiner, *Forma y propósito del Nuevo Testamento*, tr. por A. E. Lator Ros (Barcelona, Ed. Herder, 1973) 474 pp.

Un equipo de exegetas de reconocida solvencia nos presenta esta obra que quisiera servir de introducción al NT, no en forma de manual clásico, sino con un carácter particular. De hecho, hay muchas cuestiones que no se tratan, pero el lector toma contacto con la verdadera problemática de todo el complejo del NT. Los autores se han fijado en el mensaje y en los objetivos que los hagiógrafos se propusieron. Al adentrarse en el interior de los escritos, han contemplado el aspecto histórico, en los géneros literarios, en el *Sitz im Leben* del cuadro neotestamentario, pero todas las consideraciones están marcadas por el acento teológico.

La obra está dividida en veinte capítulos que responden a otros tantos temas, compuestos por dieciseis plumas diferentes. Los dos primeros y el último se hacen eco de problemas comunes a todo el NT. Así se trata de una forma general del mensaje neotestamentario, del lenguaje y forma de sus libros y del NT en la vida de la Iglesia. Dentro del complejo de todo el libro, esos tres artículos están catalogados como básicos. En el resto del material se pueden distinguir cuatro bloques. En primer lugar, proponen la doctrina del *Corpus Paulinum* en cinco cuestiones: la trasmisión del kerigma cristiano a los gentiles; la nueva existencia del creyente en la concepción paulina; Pablo, fundador de comunidades; teología y cura de almas según la tradición paulina —que pudiera ser una introducción a 2 Tes., Col., Ef.—; ministerio, Iglesia y teología en la época postapostólica. El segundo bloque está dedicado a los evangelios. Se comienza por la teología en la fuente de los "logia", después viene la epifanía de Jesús en Marcos; la cuestión sinóptica; el evangelio de Mateo considerado bajo su aspecto eclesial; a Lucas se le estudia bajo la vertiente de teólogo de la historia de la salvación concluida por Dios, tanto en el evangelio como en Actos y la historia de Jesús en el cuarto evangelio cierra esta segunda parte. En el tercer bloque hay cuatro temas relacionados con el resto

de la literatura epistolar del NT. Se hace un recuerdo de las formas fundamentales de la parénesis primitiva, también sobre la teología de la carta a los Hebreos, de la fe en el amor en las de Juan y del enfrentamiento con las herejías de la época neotestamentaria. Finalmente se dedican dos artículos a la escatología y apocalíptica del NT. Estos forman el cuarto bloque.

Sin detenernos en pormenores, se puede afirmar que estamos ante una obra de gran interés. Como todos los estudios hechos en colaboración tiene el inconveniente de ofrecer demasiada materia y, en ocasiones, sin profundización. Pero el libro va dirigido directamente a los predicadores a los que puede poner al día en toda esta problemática bíblica. Tampoco perderá el tiempo en su lectura todo aquel que esté empeñado con los estudios bíblicos. Los temas que se ofrecen son de actualidad y expuestos de una manera sencilla. Al final de cada contribución se ofrece un resumen que al lector le puede ayudar para fijar ideas.

J. Oroz

R. Schnackenburg, *El evangelio según san Marcos*, dos volúmenes, tr. por Claudio Gancho (Barcelona, Ed. Herder, 1973) 1.º vol. 224 pp. y 2.º 348 pp.

El comentario que nos ofrece el profesor de Wuzburgo del segundo evangelio sinóptico es un trabajo sencillo. Según las reglas que preside la serie "Geistliche Schriftlesung" del que forma parte, se evita la terminología técnica que es manejada en la alta exégesis. Se renuncia a recurrir al texto griego para precisar el sentido del vocabulario, se prescinde de la crítica textual a la hora de elegir las diversas posibilidades en la lectura del texto, esto no significa que Schnackenburg haga caso omiso, en su labor de intérprete, de los recursos que tiene a mano el exegeta. Lo que sucede es que domina casi a la perfección los mecanismos de la ciencia bíblica y los emplea casi insensiblemente, pero sin que el lector se vea abrumado por el dato técnico. Este comentario, como toda la serie citada anteriormente, tiene como objetivo el introducir al cristiano en la verdadera problemática del mensaje cristiano. Su propósito es hacer perceptible la palabra de Dios destinada a todos los hombres, Los libros sagrados no deben ser únicamente objeto de ciencia, sino, sobre todo, campo para la reflexión y fuente de fe. La Biblia no se ha entregado a los hombres como campo de investigación, sino como la historia de la salvación donde Dios ha ido mostrando a los hombres su voluntad y sus designios. Esto no quiere significar que no haya que echar mano a todos los recursos que la ciencia pone en nuestras manos para profundizar en el verdadero sentido de la Escritura, pero sería lamentable el quedarnos en la pura ciencia sin que el pueblo de Dios, al que va destinada la Palabra, no llegue a captar su mensaje.

Ciféndonos concretamente a la presentación del trabajo de Schnackenburg, diremos que divide su comentario en dos grandes secciones: 1.ª *Mensaje de Jesús; eco entre los hombres*. Esta parte comprende el material que va desde Mc. 1,14-8,30 que la desdobra en tres capítulos: *vocación de los discípulos y ministerio de Jesús* (1,14-3,12); *elección de los doce; alejamiento de los incrédulos* (3,13-6,6a); *misión de los doce. Incomprensión creciente* (6,6b-8,30). La segunda parte, *la obra redentora de Jesús* (8,31-16,8) que la divide en los siguientes puntos: *el misterio de la muerte del Hijo del hombre* (8,31-10,45); *Jesús en Jerusalén* (10,46-13,37); *pasión, muerte y resurrección de Jesús* (14,1-16,8). Completa la materia con la introducción al ministerio de Jesús a la que dedica los tres primeros versículos y en las últimas cinco páginas se entretiene con la conclusión canónica de Marcos (16,9-20).

El valor principal que puede descubrirse en este comentario es que al lector se le introduce en la mentalidad de la primera comunidad cristiana, se sigue sus pasos y de este modo llega a adentrarse en la intención del evangelista y a comprender la razón de estos materiales y de su interpretación. Schnackenburg consigue una visión certera de los intereses de Marcos. En este comentario no se le puede pedir demasiado a su autor, puesto que ya hemos apuntado que se ha ceñido a una lectura, sin mayores complicaciones, ha conseguido su objetivo. Este comentario enseñará muy poco a quienes están ambientados en las escuelas exegéticas, pero el cristiano culto e interesado por el mensaje de Jesús, hará muy bien en repasarlo porque le ayudará a profundizar en su fe.

J. Oroz

J. Pikaza, *La Biblia y la teología de la historia* (Madrid, Ed. Fax, 1972) 410 pp.

Pretende Pikaza una historia de la salvación fundamentada en los temas de la tierra y de la esperanza que entraña esa promesa de la tierra. En la primera parte estudia las promesas hechas a los patriarcas. Nota la trayectoria de la promesa de la tierra hasta la posesión de la misma. Hay un momento en el que los temas promesa patriarcal y conquista se unen, sin poder precisar cuándo esto se lleva a cabo. En la tradición yavista descubre que lo fundamental no es el don material, sino la dinamicidad del tiempo en cuanto que la promesa es un vehículo de bendición que a través de Abraham llega a todas las gentes. Se descubre el valor del pasado y la fuerza del presente cara al futuro. El Deuteronomio y tradiciones afines es el material del capítulo tercero. En el Deuteronomio no se encuentra una idea conductora de la tierra y de la promesa. Hay una amalgama de temas que se entremezclan. En un segundo punto desarrolla el valor de la promesa en el Deuteronomio. Hay un recuerdo para las explicaciones de Noth y von Rad; nota Pikaza cómo Israel, en esta tradición, acude a la actualización de las promesas hechas a los patriarcas y fundado en ellas, tiene la seguridad de su permanencia en el presente y mira con seguridad el futuro. La primera parte concluye con la escuela sacerdotal.

Aquí encontramos la promesa como categoría teológica, Israel tiene derecho a la vida, porque está empeñada la palabra de Dios con el hombre. La segunda parte se abre con una breve introducción sobre los profetas que van a ser el centro de mira de toda esta parte. Se comienza con Amós. Hallamos ya un mensaje condenatorio para todo el pueblo que vive la injusticia, pero si hay castigo, también hay restauración. Dios no puede destruir su obra. Oseas con su "se ha prostituido la tierra" delata el pecado de adulterio del pueblo que va tras los baales. Anuncia destrucción por el pecado, pero también nueva promesa en la tierra. El ciclo se repite igualmente en Isaías que habla de castigo y de promesa. Hay una tierra prometida, pero se aprecia una proyección hacia el futuro. Jeremías, con su gran sensibilidad, ha vivido la tragedia de su pueblo como pocos. Habla de esperanza para el cautivo del norte, hay oráculos condenatorios para Judá por su pecado. Para Jeremías la tierra prometida es centro del pueblo para el que siempre habrá una llamada a la salvación, más allá del castigo y del exilio, está la esperanza de una nueva ley, de una promesa. No muere la esperanza en Ezequiel que vive en el destierro y expulsado de la tierra prometida. Junto a los canales de Babilonia predica la nueva alianza. La figura del pastor que reúne en el aprisco a sus ovejas es esperanza, como es esperanza la visión de los huesos descoyuntados y sin vida a los que el soplo les devuelve su consistencia y fuerza para formar un nuevo pueblo. Esta es la perspectiva de este profeta. El segundo Isaías habla del repudio que Dios ha dado a Israel, se le ha expulsado de la tierra prometida, pero Dios se compadece del pueblo y lo llama de nuevo a la vida y tiene lugar la nueva creación del pueblo con su éxito y su promesa de la tierra. En el capítulo octavo Pikaza se entretiene en el profetismo escatológico con su nueva tierra. En esta ambientación estudia a Zacarías, al tercer Isaías, a Joel y al apocalipsis de Isaías —caps. 24-27—. Todos nos hablan de un juicio futuro de Dios, de la victoria del Señor que inicia su reinado sobre el mundo. Para los fieles, para el resto ha comenzado la vida. No habrá noche ni dolor, habrá salvación. Hay victoria final de Dios sobre la muerte. Cierra esta segunda parte un capítulo de transición, del paso del Antiguo al Nuevo Testamento. La promesa patriarcal que ha ido tomando distintas manifestaciones y dimensiones diferentes a través de la historia, llega a una esperanza en una tierra nueva. Habla del Cronista al que no le interesa tanto la tierra como el valor de los mandamientos de Dios. El destierro ha sido castigo por quebrantar las leyes divinas, pero como Dios es bueno ha vuelto al pueblo a la tierra. La tercera y última parte comienza con la teología de Lucas. Este aparece como historiador de la realidad salvífica hecha presente en el NT. Hay dos momentos en la obra lucana: 1.º) el tiempo del Señor; 2.º) el tiempo de la Iglesia en el que el Resucitado obra desde los cielos. En este tiempo la presencia del Espíritu Santo es de importancia capital. Estudia los dos primeros capítulos, en María se cumplen las promesas. Hace notar el autor la unidad del Evangelio y Hechos. En el final del primero y

en el comienzo del segundo, hallamos los cimientos de la Iglesia. En ésta, que posee al Espíritu, llegan a cumplirse todas las promesas que quedan aún abiertas hasta la última venida del Señor. El Cristo celeste es la meta hacia la que caminamos. Marcos y Mateo presentan a Cristo cumpliendo las promesas que en la antigua ley se pueden leer. Cristo es la plenitud de los tiempos, es la plenitud de la ley.

En el capítulo dedicado a Pablo, centra la atención en Gálatas, Romanos y Efesios. Las promesas hechas a Abraham han quedado cumplidas y superadas en Cristo. La salvación ha llegado y el precio del pecado ha sido saldado con creces. La unión de dos pueblos, judío y gentil, se lleva a cabo en la Iglesia. Cristo unifica a los hombres. Su obra sigue, continúa y la esperanza está más viva. Se prolonga la obra dos capítulos más. Bajo el título de *la tierra actual y Cristo* se estudian dos textos de Mateo. El primero Mt. 4,8-9 en el que Cristo renuncia al poder en el mundo. La tierra de Jesús no es ésta. El otro texto habla del poder absoluto de Jesús en esta tierra a la que envía a predicar a los suyos, Mt. 28,18. Si el reino se ha hecho presente, es necesario hacerlo llegar a todos y preparar la consumación. En el último capítulo: *la última promesa de la tierra* es donde se recuerdan algunos textos escatológicos. La tierra nueva hacia la que caminamos está muy presente en la literatura neotestamentaria. Cierra el libro un *excursus* en el que brevemente y casi innecesariamente se hace un recorrido de la promesa en algunos momentos del Pentateuco. Las ideas aquí recordadas no vienen a añadir nada a la ambientación de la obra.

La obra de Pikaza se merecía una extensa presentación. Lo más sobresaliente es el nervio de la promesa en su dinamicidad, vista a través de toda literatura bíblica. Para conseguir una visión unitaria se ha visto obligado a continuas repeticiones que, en ocasiones, casi se hacen molestas. En la primera parte se nota la dependencia del pensamiento alemán. No es una obra científica en la que los textos se sometan a un riguroso análisis. A veces falta precisión, el autor se ha contentado con mostrar la línea que a él le interesaba. Al abarcar mucha materia se ha tenido que limitar a un ligero repaso del dato bíblico. Se echa de menos un capítulo dedicado a Juan, bien se lo merecía con su teología de la plenitud de los tiempos y con la realidad del juicio. La bibliografía, abundante la que tiene relación con la primera parte, no es tan rica la de los profetas y evangelistas y casi pobre la paulina. Estas anotaciones no quieren oscurecer el gran mérito de la obra, el haber mostrado una de las constantes bíblicas más consistentes.

J. Orosio

J. P. Miranda, *El ser y el Mesías* (Salamanca, Ed. Sígueme, 1973) 222 pp.

Quien lea las escasas líneas del prólogo y se detenga a meditar unos momentos lo que significa en la pluma del autor la siguiente afirmación: "quien escribe o habla tiene que definir si lucha por la Iglesia o por el cristianismo", se percatará inmediatamente por qué campos se va a mover Miranda. Como ya lo ha mostrado en otras obras suyas, lo que de verdad le interesa es una teología existencial, comprometida sobre todo en el terreno de la justicia. No puede soportar que se haga una adecuación perfecta entre Iglesia y cristianismo. El libro se compromete con Cristo, pero no con cualquiera de esos mini-cristos que aparecen en publicaciones ligeras y que es objeto de slogans y de propaganda, sino con el Jesús histórico. Con aquel que expuso su doctrina por los campos de Galilea y murió, para salvar a todos, en los brazos de la cruz. Esta es la meta que se exige en el prólogo y creemos que la haya conseguido en el cuerpo del libro. Este está dividido en diez capítulos. En los primeros deja traslucir el pensamiento de la filosofía existencial y del marxismo. Habla de la culpa fundamental que el capitalismo ha creado en la sociedad, todos por esa fuerza se sienten atraídos por el mismo capital. Para contrarrestar esa tensión y hacerla desaparecer, es obligado despertar la conciencia de la realidad absoluta, se deben superar las recetas morales que los predicadores y moralistas han repartido por el pueblo. Hay que desterrar la tendencia del hombre hacia la opresión. Habla también Miranda del ateísmo y piensa que los filósofos ateos rechazan a un dios ontológico, cuando el Dios bíblico es un Dios moral. Todo este capítulo lo estructura bajo el punto de vista de la justicia, en el clamor del

otro está el imperativo absoluto y por ese clamor del oprimido, Dios ha venido a habitar con nosotros. Responde a Kierkegaard y también a Sartre sobre la noción del tiempo. Para él el tiempo es ético y sólo bajo este aspecto se deja conocer. Expone en qué sentido Cristo es el final de los tiempos. A partir, sobre todo, de los tres primeros capítulos se adentra en la figura del Mesías. En particular se detiene en el cuarto evangelio. No hace un recorrido de toda la problemática que pudiera encerrar este cometido. Se detiene en algunos momentos y en algunos puntos que son interesantes para su interés. Es de notar los dos capítulos que dedica a la palabra y también es de suma importancia el que se detiene a contemplar "la equivocación llamada cristianismo". Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo con Miranda, pero lo que no se le puede negar es su gran formación exegética. En ocasiones da la impresión de fragmentar el dato bíblico, por ese interés que él tiene de examinar todo bajo el prisma que a él le preocupa. Por mi parte considero que es un libro valiente y sincero y que ayuda a liberarse de muchas mistificaciones que hemos adherido al mensaje de Cristo.

J. Oroz

G. Siegwalt, *La loi chemin du salut* (Neuchâtel, Delachaux et Niestlé Éditeurs, 1971) 262 pp.

Aún hoy día hay quien se pregunta por el valor del AT y no faltan quienes no encuentran ningún interés en él para la nueva economía. Este no es ningún descubrimiento de nuestros tiempos, desde Marción no han faltado quienes no han sabido apreciar el valor de la antigua alianza. Siegwalt muestra, sin embargo, la importancia de los escritos de la antigua ley. El presenta su trabajo como contribución a la relación existente entre ambos testamentos. No se para en la consideración de toda la problemática y de todos los aspectos que pudieran presentarse a este respecto, sino que se concretiza en un punto determinado: en la ley. Va a considerar la ley como una constante de salvación, asimismo va a presentar la línea uniforme, sin ruptura alguna, que se aprecia entre el Antiguo y Nuevo Testamento. Estos no son compartimentos estancos sino vasos comunicantes. Para comprender en su perfecta e íntima dimensión la nueva alianza, habrá que adentrarse, necesariamente, en la historia y mentalidad de la antigua y de esta forma se llegará a captar la trascendencia del mensaje de Cristo.

Cuando el autor se pregunta por la relación del Antiguo y Nuevo Testamento y la presenta bajo el aspecto de ley y evangelio, es consciente de que esta relación no agota todas las posibilidades, ni siquiera tal como se presentan en el NT. Lo que sucede es que este planteamiento es típico de la teología protestante y además ha sido centro de polémica. De ésta prescinde el autor. El trabajo está dividido en dos partes. La primera sirvió como tesis complementaria de doctorado en la facultad de teología protestante de Estrasburgo. Las dos partes están íntimamente unidas y responden a otros tantos aspectos en los que la ley aparece. La ley en el NT es polivalente. Por una parte se afirma que Cristo ha venido a cumplir la ley y por otro que la ley ha sido por él abolida. Esta doble presentación también se puede descubrir en el AT. En él —la Torah— es la ley de Dios que elige un pueblo y pacta con él una alianza. Es un concepto de ley que está suponiendo acción salvadora por parte de Dios. La ley está al servicio de la alianza y la protege. Siegwalt habla entonces de "la loi de l'alliance ou la loi servante" y de ella se ocupa toda la primera parte y en ella muestra cómo la ley es camino de salvación y cómo el legalismo es lo más contrario a la esencia del cristianismo. Existe otra modalidad de la ley. Cuando ésta se divorcia de Dios, cuando pretende substituir a la alianza, cuando es absolutizada por Israel y llega a ser un medio de autojustificación, entonces deja de ser la sierva de la alianza y se constituye en el principio y en el origen de la alianza. A esta ley denomina "l'alliance de la loi ou la loi asservissante" y es el centro de atención de toda la segunda parte. Es aquí donde habla del pecado como fundamento de esta ley que se quiere autojustificar por sí misma y es esta ley la que queda abolida por Cristo.

El estudio que se presenta de la ley es de carácter histórico exegético, sin olvidar la teología bíblica y aún más, quiere ser dogmático, pero fundamentando el

dogma sobre la exégesis y la teología bíblica. Se ha conseguido una visión muy completa de la ley en las dos vertientes anteriormente apuntadas. Un libro de interés al hablar de las relaciones entre el Antiguo y Nuevo Testamento y un libro a tener presente a la hora de trabajar sobre la ley. Es una pena que estando muy bien presentado con diversos índices y rica bibliografía, el cuerpo de letra sea muy pequeño y dificulte su lectura.

J. Oroz

2) Teología Dogmática

H. de Lubac, *Les églises particulières dans l'Eglise universelle* (Paris, Ed. Aubier, 1971) 254 pp.

El interés eclesiológico del P. de Lubac es antiguo y de sobra conocido (cf. *Catholicisme* 1937; *Corpus mysticum* 1944; *Méditation sur l'Eglise* 1952; *Paradoxe et mystère de l'Eglise* 1967; etc.). No nos sorprende, pues, el que con su habitual perspicacia y visión sintética de lo cristiano, nos ofrezca su visión de los principales temas eclesiológicos del momento.

El presente volumen de la colección *Intelligence de la foi* (Ed. Aubier), recoge dos estudios relativamente breves sobre *Las iglesias particulares en la Iglesia universal* y *La maternidad de la Iglesia*, y una entrevista sobre el sacerdocio, publicada por *France catholique* el 8 de octubre de 1971. (N. B. Sobre esta temática versó también la conferencia que dio el autor en S. Luis de los franceses de Roma, el 29 de octubre de 1971, en ocasión del Sínodo).

En el primer estudio, después de una introducción, inicia la temática una explicación sobre el sentido y la diferencia entre los términos "católico" y "universal", "local" y "particular", aplicados a la Iglesia. El P. de Lubac defiende el sentido tradicional de "católico", y a partir del Vaticano II, llama "iglesia particular" a la comunidad cristiana presidida por el obispo (diócesis) e "iglesia local", a la iglesia o iglesias particulares, que forman un todo por razones socio-culturales y de organización eclesial (cf. conferencias episcopales). Viene luego un interesante estudio comparado sobre ambas y sus relaciones con la Iglesia universal. (Una mayor elaboración teológica sobre la iglesia local, esbozada en la p. 54, sería de desear). El capítulo siguiente (III), está consagrado a poner en guardia sobre el nacionalismo eclesial, afirmando sin embargo la necesidad de una cultura cristiana. (Pluralidad, sí; pluralismo, como ideología sectaria, no: p. 63, nota 1). Vienen a continuación los capítulos consagrados al Colegio episcopal, a las Conferencias episcopales y a la figura del Papa. Subraya lo tradicional de la *colegialidad*, afirma que es una realidad permanente (p. 79) y acoge la terminología reciente sobre el "affectus collegialis" (p. 85). Respecto a las Conferencias episcopales, distinguiendo lo colegial de lo colectivo (iglesia local) (p. 88), señala dos escollos a evitar: la absorción del obispo singular (peligros de una "dirección impersonal", p. 94) y la falta de espíritu católico. Respecto a la significación del carisma de Pedro, el P. de Lubac reafirma el carácter "singular" de tal prerrogativa (p. 101), que no es una simple garantía humana, y después de un amplio "excursus" histórico, defiende una prudente descentralización, que no consiste en abandonar en el Papa toda la responsabilidad eclesial. Reafirmando una idea de su *Meditación* (c. V, p. 169, ed. española), hace ver la importancia de Roma de cara a la independencia de las iglesias locales. Finalmente presenta las dificultades del actual servicio de Pedro, en las tendencias a disgregar la comunión (p. 119), en ciertos proyectos de reforma (p. 124), puntualiza la naturaleza del Sínodo (p. 125) y resalta el carácter concreto del papado (obispo de una comunidad, Roma, y no delegado universal) (p. 126).

Entre los autores más citados, además de los Padres de la Iglesia, destacamos los nombres de Bouyer, Ratzinger, Grea, Congar, Lanne, Batiffol, Schlier, von Allmen... Creemos que la intención de todo el estudio está en mostrar que el verdadero sentido del Vaticano II tiene profundas raíces en la Tradición, y que